

2. Hay cosas que no se pueden controlar

“Lo único que hay entre tú y tus metas es la historia de mierda que te sigues contando a ti mismo sobre por qué no puedes lograrlo”

-Jordan Belfort (The Wolf of Wall Street, 2013)

Siempre es posible tener una excusa. Para todo y para todos. Cada vez que se necesite, habrá un argumento para justificar la decisión de no hacer algo, la elección de no enfrentar un desafío, o el no lograr el resultado esperado. La manera más segura de no lograrlo es no intentándolo. Siempre será más fácil decir “¿para qué tratar? Seguramente no va a resultar”. Por supuesto que se puede fallar, todo el mundo ha experimentado la sensación de fracaso más de una vez. Pero la única manera garantizada de no lograrlo es no intentándolo.

Perder algunas batallas no implica necesariamente perder la guerra

1989-1994. En total, reprobé 11 asignaturas en la universidad. Si consideramos un promedio –bastante realista- de 5 asignaturas por semestre, en una carrera de 4 años, el total son 40 ramos. Es decir, en más de un 25% fallé en la primera oportunidad. No es un logro del que me sienta orgulloso, pero ahí está. Sin embargo, en mi defensa debo decir que cada vez que reprobé, más tarde logré el resultado esperado y aprobé. Y no es menos cierto decir que si nunca hubiera ido a la universidad, tendría un récord académico perfecto.

¿A alguien le importa hoy cuántos ramos reprobé? ¿Tiene alguna relevancia en mi currículum? ¿Me lo han preguntado al postular a algún trabajo? La respuesta es que absolutamente a nadie le importa. En el gran concierto de las cosas, mi historia universitaria se resume en un certificado que señala que me titulé. Fin. Los detalles... son muy buenas anécdotas para compartir con los amigos.

¿Y más allá?

A **The Beatles** los rechazaron en el sello discográfico **DECCA** de **Londres** porque los “*grupos de guitarras iban de salida*”^(2.1). Si se revisan los números puros y duros, hasta la fecha los melencólicos certifican ventas totales por 272 millones de discos. Y si se mira la calidad, el **Sgt. Pepper’s Lonely Hearts Band** sigue siendo reconocido como el mejor disco de rock de la historia, más de 50 años después de su publicación. Si todo lo anterior no bastara, el sólo concepto de un mundo sin **The Beatles** es suficiente para hacer una muy buena película (**Yesterday**).

A **George Lucas** ningún estudio le compró la idea de **Star Wars**. Los ejecutivos “*estaban escépticos, pues la ciencia ficción -insistían- era un género muerto*”.^(2.2) **Star Wars**, la primera, revolucionó el cine tal y como se conocía hasta ese entonces: “*las filas daban vueltas a la manzana*”.^(2.3) La gente la fue a ver una y otra vez, y acuñó la primera frase popular masiva generada desde la gran pantalla: “*que la Fuerza te acompañe*”. Décadas más tarde, censos realizados en distintos países han debido incluir la opción **Jedi** entre las religiones posibles.

Joanne Rowling demoró seis años en lograr vender el primer libro de **Harry Potter** a una editorial. Tras doce rechazos, la pequeña (y naciente) **Bloomsbury Publishing** aceptó el manuscrito^(2.4), que la autora escribió sentada en cafés, viviendo de la asistencia social. A la fecha, la cifra total de libros del personaje vendidos en el mundo se aproxima a los 500 millones. La **Sra. Rowling** tiene una de las fortunas más grandes de **Inglaterra** (estimada en mil millones de dólares), sin considerar que hizo un truco digno del mejor hechicero: hacer que una generación entera se alejara de las pantallas para leer los libros del joven aprendiz de mago. Libros que, cuando salían a la venta, lo hacían en forma sincronizada en todo el mundo, tal como si fueran estrenos de cine, esperados por miles de fanáticos que se disfrazaban para ir a las librerías.

Los ejemplos presentados son un tanto extremos, casos que están fuera de cualquier parámetro de comparación normal. Pero todos estos grandes nombres, en su momento, lo intentaron y les dieron con la puerta en las narices. Y de igual modo siguieron adelante hasta lograrlo. Algunos pasaron hambre, otros sufrieron burlas, pero siempre creyeron en lo que querían o podían hacer. ¿Tenían talento? El tiempo demostró que sí. Pero en un principio nadie, a veces ni siquiera dentro de su propia familia, les creía.

Al mismo **George Lucas** -de nuevo- su propio padre (dueño de una librería en **Modesto, California**) le dijo “*nunca ganarás lo suficiente para vivir siendo un artista*”^(2.5). Apenas un pequeño error de apreciación: el año **2012**, su hijo vendió su productora **Lucasfilm** al imperio **Disney** por la friolera de cuatro mil millones de dólares. Seguramente a eso se le puede llamar “*vivir del arte*”.

¿Y? ¿Se va a intentar? ¿Se va a hacer? “*Los cobardes nunca empezaron y los débiles quedaron en el camino. Eso nos deja a nosotros, damas y caballeros. A nosotros.*”^(2.6).

Siempre hay una excusa. Siempre es posible encontrar una justificación. Si no dentro de cada persona, en su entorno.

Hijo de padres separados

1972. Mi familia es, al menos desde mi perspectiva, algo atípica: mi madre, sus padres -mis abuelos maternos- y yo. Mi padre biológico, pese a haber estado casado tanto civil como religiosamente con mi madre, se restó del proceso de paternidad en una etapa muy temprana. Durante el primer tercio del embarazo. Las razones sólo las saben él y mi madre quien, cada vez que le pregunté, dijo que ya “*se le olvidó*”.

La verdad, que puede sonar dura, es que no conozco a mi progenitor. Los únicos recuerdos que tengo de él son una foto antigua -en blanco y negro, en que aparece de pie, en una postura que es típica mía, al lado de mi mamá- y un muy muy muy breve llamado telefónico cuando lo busqué, por ahí por mis veinte años, en el que rápidamente negó el haber tenido algún hijo con mi madre. Con esa declaración, mal podría haberlo conocido más.

En el camino encontré varios hijos de padres separados que usaban la ausencia de un padre como excusa para muchas cosas. La verdad es que yo, a estas alturas de la vida, tengo claro que el problema es de él, no mío. Y ya desde mi infancia entendí que si bien la situación no era la ideal, era lo que había. Y podía avanzar con eso, o dejar que se convirtiera en un lastre. Tomé la primera opción, o la primera opción me tomó a mí. O, quizás, la falta de mi padre biológico se convirtió en una motivación adicional.

Debo hacer una salvedad no menor, eso sí: nunca me faltó cariño ni preocupación. Mi abuelo materno era la figura paterna presente y dedicada, hasta que mi mamá se casó de nuevo con el que para mí es -hasta el día de hoy, más de veinticinco años después de su muerte- mi papá. Me llevaba a trabajar con él los días sábado, me llevaba al estadio, en fin, todo lo que un padre hace con sus hijos. Y nunca hizo una distinción entre mis hermanos menores -sus hijos biológicos- y yo.

También hay excusas orgánicas, intrínsecas, dentro de cada persona. Todos somos diferentes -está claro- pero en el reparto de características y habilidades a algunos les toca una mano más complicada que a otros. Y esa mano más complicada puede ser literal.

¿Quién necesita dedos?

1992. Por azar del destino me presentan a un profesor del **Departamento de Metalurgia**, el señor **Waldo Valderrama**. Un tipo brillante, inteligente, sarcástico, de pensamiento rápido y preciso, autoridad mundial en una de las áreas más importantes de la industria metalúrgica: los molinos de bolas (¡en serio!).

Dado que estaba en una de las mejores universidades técnicas de la región, la presencia del profesor **Valderrama** no debería significar ninguna particularidad. Una más, entre decenas de mentes brillantes, concentradas en desarrollar nuevas ideas y en formar nuevas y mejores generaciones de profesionales. Gente no sólo capaz sino además con conciencia de sociedad y de su obligación de aportar a los que vienen detrás.

Sin embargo, **Waldo** era adicionalmente especial en ese entorno: prácticamente no tiene dedos. Producto de un defecto de nacimiento, en vez de cinco dedos en cada mano, él tiene dos o tres muñones. Razón más que suficiente para que cualquier persona normal se echara a morir y excusa perfecta para no lograr nada ni llegar a ninguna

parte en la vida. Pero para sus padres este hecho era simplemente una característica, como su color de pelo o de ojos. Y como tal, le exigieron lograr todo lo que su inteligencia permitía. Y a él no le quedó otra más que acostumbrarse a ese enfoque, por lo que en su discurso no tener dedos es prácticamente una anécdota (reclama contra los teclados de los notebooks, eso sí: demasiado planos para su gusto). Y de esa manera enfrentó su vida: educación básica, media, universitaria, post-títulos, familia... lo mismo que cualquier hijo de vecino con diez dedos completos y funcionales.

No tener dedos puede ser un problema. Pero hay casos que pueden ser aún más complicados. ¿Qué ocurre cuando en el reparto -teóricamente, por supuesto- una persona resulta poco favorecida en el rubro inteligencia, teniendo una condición que habitualmente se asocia con discapacidad intelectual?

La discapacidad está en los demás

2016. En **Santiago** tuve la oportunidad de asistir a una charla dictada por **Pablo Pineda**. De nacionalidad española, actor premiado, con título profesional, magister y con varios libros publicados a su haber. Nada fuera de lo normal salvo por un pequeño detalle: **Pablo** tiene trisomía 21, lo que se conoce coloquialmente como **Síndrome de Down**.

Sus papás -adelantados a la época- decidieron que la condición de su hijo no sería impedimento para que se desarrollara igual que cualquier niño: hasta el máximo de sus potencialidades. Y así es como se convirtió en el primer profesional y magister europeo con SD, y actualmente se desempeña como consultor/embajador de inclusión para la firma mundial de recursos humanos **Adecco**, viajando por el mundo para dar charlas motivacionales.

También se ganó una **Concha de Plata** en la versión **2009** del **Festival de Cine de San Sebastián** por su actuación en la película **Yo También**. Pero para que nos vamos a poner a listar logros, ¿no? Si quieren conocerlo un poco más, pueden verlo en **YouTube**: tiene una charla **TED**.

En menor o mayor medida, todos tienen cartas peores que otros. ¿Se jugará de todos modos? ¿O simplemente se dirá que dado que las cartas no son buenas, no tiene sentido intentarlo? También puede ser visto al revés: existe la obligación de jugar con las cartas que a cada uno le tocaron. Y ahí está, precisamente, el desafío: cualquiera es capaz de ganar la carrera si tiene el mejor auto. Pero ganarla con un auto no tan bueno, partiendo desde atrás, no requiere sólo capacidad y habilidad. También requiere espíritu, ganas, voluntad. Todas, cosas que el dinero no puede comprar. Y para las que tampoco sirve la **MasterCard**.

En las palabras de quien representó en la pantalla del cine al héroe más grande de todos, **Christopher Reeve**: *"pienso que un héroe es un individuo ordinario que encuentra la fuerza para perseverar y resistir pese a obstáculos sobrecogedores"* ^(2.7).

La regla número 4 de **Peterson** es *"compárate con quién eras tú ayer, no con alguien más hoy"* ^(2.8). Compararse con otros es hacerse un flaco favor, y -en cierta medida- la excusa perfecta para no intentar nada, y mucho menos, lograrlo. Siempre habrá alguien que tenga la pista más fácil. Gente con más recursos, con más oportunidades, con más de alguna cosa, o incluso con más de todo. Y si se compara con ellos, claro, la depresión se vendrá encima de inmediato y mejor ni molestarse. Cerrar e irse. Por otro lado, siempre habrá gente con peores cartas que las propias, así que la situación podría convertirse en un círculo vicioso en el que nadie haga nada, nunca. Por eso, lo mejor es enfocarse, compararse solamente con uno mismo y establecer los objetivos desde ese punto de vista.

Por otro lado, y para poner un poco de perspectiva en el gran esquema de las cosas: *"somos mucho más pequeños que la mayoría del cosmos, mucho más grandes que la mayoría de la química, mucho más lentos que todo lo que pasa en escalas subatómicas, y mucho más rápidos que los procesos geológicos y evolucionarios"*. ^(2.9)

Al final del día pueden pasar muchas cosas. Lo que se intente puede funcionar, o no. Pero más allá del resultado, también está el proceso, que puede -y será- entretenido, y un desafío por sí mismo. Lo importante es hacer oídos sordos a las múltiples excusas que siempre aparecerán para no empezar. Dar el primer paso, moverse, comenzar, es iniciar la aventura hacia algo nuevo.

Nadie puede saber de manera anticipada cómo terminará. Lo único que se puede asegurar es que el resultado será distinto del obtenido si no se hace nada. Lo mínimo a ganar será experiencia. Lo máximo, no hay cómo saberlo... a menos que se decida hacer el intento.